

## Alison not dead

Se murió Alicia. Tía Alicia. Tenía 58 años. Estaba casada desde siempre con Quique, el policía.

No me gustan los velorios, los féretros, la procesión absurda, el primo merquero, la prima depresiva y en el bolsillo las gotas de Clonazepan. Y donde mires, a veces, algunas, lagrimas de cocodrilo. No sé a quién se le ocurrió, no me imagino un cocodrilo llorando, como tampoco me imagino un cocodrilo borracho como era mi tía Alicia.

Una vez, estábamos las dos solas en su casa de Montegrande. Yo tendría catorce. La perra de mi tía, cuarenta días. Mirábamos en la cocina una de esas películas de Hallmark, donde la madre busca al hijo perdido hace años y lo encuentra ya grande y no sabe que es el hijo y es lindísimo y está a punto de comerle la boca y

entonces... la propaganda de Mr. Músculo. Estábamos en la cocina, con un vino Termidor y una cerveza negra que duró un estornudo. Y otra vez la propaganda y mi tía se levanta de la silla, cierra los puños, se pone a llorar a los gritos. Y yo que la miro en silencio, sin moverme. Agarro a la perra que empieza a ladrar. Mi tía que sigue llorando hasta que vuelve a sentarse. Se tapa la cara con las manos. Se ríe. Nunca me rompieron el culo, me dice, y se ríe, y yo me río con ella, y le contestó que a mí tampoco, y ella dice que va a morirse sin que le rompan el culo. Y nos reímos, y el vino sigue desvaneciéndose como ese recuerdo, como esa noche, como este día, hoy, que papá me llamó para decirme que se murió Alicia. Tía Alicia.

Majo LÓPEZ TAVANI

## Años

La secretaria abrió la puerta del consultorio y pasó a través de ella el nuevo paciente. El doctor lo miró mientras avanzaba y empezó a jugar con su mente. Ya tenía años de oficio y al ver entrar al potencial cliente al consultorio, imaginó que cosas le iba a pedir. Que una lipo para terminar con esa pancita que no podía eliminar con ejercicios. Que una refrescadita en la cara porque ya empezaban a aparecer algunas arrugas. En fin, el tipo de cosas que un muchacho de treinta y pocos años, sin señas aparente de haber sufrido algún accidente, podía requerir de un cirujano plástico.

Pero lo que pedía el muchacho era mucho más extraño. Por más que la lipo claramente era necesaria, no era su exceso de adiposidad lo que lo preocupaba. El joven quería algo tan extraño que el doctor no sabía si estaba dentro de sus posibilidades llevarlo a cabo.

-Vea doctor, lo que yo necesito es parecer mayor de lo que soy- comenzó el muchacho.

-Perdón, no entiendo bien. ¿Usted quiere verse mas viejo?- intentó comprender el médico.

-Sí, exactamente. Eso es lo que quiero. Un par de arrugas, sacarme algunos pelos de la cabeza como para parecer pelado. ¿Se puede hacer un tratamiento para que me salgan canas?- se notaba entusiasmado al paciente.



"El muñeco de Vicente II" - ELEFANTE

-Vea, lo que usted me pide me sorprende mucho. Antes de ver si es posible hacer esto o no necesitaría saber qué es lo motiva su decisión- preguntó el médico.

## El tiempo

El señor Shim no creía en el tiempo. La regularidad amodorrada con la que se presentaba cada nuevo día le generaba desconfianza. Pensaba que las horas lo esperaban insomnes en algún rincón oscuro de su casa, premeditando cronogramas absurdos para aturdirlo. O hilando imponderables con la ferocidad impertérrita de quien se cree un niño.

Veía desfilar el tiempo con sus tramos perfectamente ordenados en las esferas de los relojes y sabía que era sólo un ardid. En un abrir y cerrar de ojos, los minutos pasaban de a tres o de a cuatro, y aunque a veces parecía que jugaban al juego de las estatuas, otras veces corrían de a montones y se movían de sus puestos silenciosamente, o peor, disimulando el murmullo de sus tropiezos tras el engaño del monótono son que nadie escucha.

El señor Shim tenía un reloj en cada pared. Pero solía sentarse en un sillón desde donde no veía ninguno. Tenía que pararse para ver la hora. Luego se sentaba, como un combatiente sitiado, atrincherado en esa farsa de lucha, ansiando y temiendo la aparición de algún tiempo perdido. Y antes de lo que planeaba,

anocheía.

Un día golpearon a su puerta. Fue después de que sonó el timbre un par de veces y el señor Shim no tuvo ganas de ir a abrir. Pero cuando golpearon sí, decidió que era mejor averiguar.

Era el hijo de la vecina con un pequeño gato en brazos.

- Mirá qué lindo, Shim. ¿No querrías tenerlo, que a mí no me dejan? Lo encontré en el fondo, cerca de la puerta verde. Se llama Octubre.

El señor Shim escuchó la voz de su mujer preguntando entusiasmada si era macho o hembra. El aire que movió la puerta al cerrarse se impregnó de un perfume agradable. Tan agradable que el señor Shim sonrió sorprendido mientras decía en voz alta:

- Esto tendría que haber pasado antes.

Nora MARTÍNEZ

## Seriedad y discreción

“Yo lo que quiero es un amarre, ¿me entiende? Recuperar a MI Carlos, que me necesite como antes, que no pueda vivir sin mí”. Eso le dijo Estela a Yolanda, tarotista master, la mejor de todo Morón. Y Yolanda le prometió que así sería.

Lo que no sabía Yolanda es que en ese mismo momento Valeria, la actual novia de Carlos, se había acercado a otro tarotista, el más reconocido de Mataderos, el gran Bob, para pedirle un desmarre. El objetivo era claro: separar a SU Carlos de Estela, de quien él parecía no querer despegarse.

Casi instantáneamente una lucha interior se desató en Carlos. Su mente y su cuerpo pasaron a ser el campo de batalla de poderes contradictorios que pugnaban por unirlo incondicionalmente a Estela y a la vez por separarlo definitivamente de ella.

Así fue que el tipo empezó a amar tanto pero tanto a Estela que no quería ni verla, de repente le despertaba tal pasión que le daba un odio terrible.



"Miradas de visita" - Nora MARTÍNEZ

Ahora la imaginaba asquerosamente especial, insoportablemente buena; de solo pensarla le daban arcadas y tenía que poner su mente en otra cosa, pero no en Valeria, Valeria no le interesaba en lo más mínimo. Lo único importante pasó a ser Estela que le parecía tan repugnante como atractiva. Tenía ganas de besarle los pies, de morderle una várice, de acariciarle el cuello, de atenzarle un pezón.

Estela lo llamaba al celular y él atendía con un grito profundo y le cortaba. Valeria le hablaba de “esa idiota” y Carlos se agarraba la cabeza y cerraba los ojos porque sentía que le iban a explotar.

La psicóloga de Carlos, que no cree en la magia blanca, está segura de que el vínculo amor/odio que estableció el paciente con su mamá es de lo más común, y no solo eso: también está convencida de que ella lo va a saber recomponer, por algo es la psicóloga con más trayectoria de Once.

Yanina BOUCHE

## Grandes momentos de la literatura III

Novelas imperdibles: Concesiones Primarias de Marty Gofuck (1º Premio Planet Hollywood 1998)

Era la tercera vez que la señorita Gargiulo lo sorprendía tallándose la lanza, lo cual era para el señor Barrientos, el encargado de la concesión del bar del Colegio Normal José Ernesto Bengazzara, sencillamente inadmisibles. La primera vez podría haberse entendido como una casualidad: ella, tan contrapuesta y sumergida en la estulticia, siempre con el pelo atado en una prolija cola de caballo dos centímetros por arriba del cuello con volados de su camisa verde agua reglamentaria que tan ampulosamente combinaba con el cárdigan azul acero tejido a mano que su madre le había regalado el día que la contrataron para el puesto, entró sin mirar al estrecho retrete y se lo encontró con el cárdigan azul acero apesadado entre una feta de cantimpalo y una de queso pategrás, mete y saca con los ojos desorbitados y las comisuras babeantes. La segunda vez, vaya y pase, estaban por terminar el año lectivo, ese año tan indeleblemente imborrable en donde afuera sirenas y uniformes y todo prolijo y por la patria, y a él le habían sobrado unas cajas de

alfajores Jorgito que había procedido a moler meticuosamente con la ayuda de la masa aplastamilanesas que usaba para hacer los especiales en el primer recreo, y otra vez va ella y se tropieza con su gleba embadurnada de dulce de leche rancio y miguitas como pan rallado que despedían un olor ameno. La tercera vez ya era un poco demasiado. Y así se lo hizo saber: enérgicamente pero sin perder la compostura la denunció ese mismo día en la oficina del director. Además de leer unos libros de dudoso contenido moral, dijo, la señorita Gargiulo se hacía explotar los granos de la cara delante de los alumnos de sexto superior mientras cantaba canciones de Joan Báez, acusación a todas luces fraguada, ya que ella no sólo no hablaba inglés sino que además sólo sabía tararear una melodía que su hermano le había enseñado poco antes de que lo mandaran al sur en vistas de una posible contienda con el hermano país trasandino.

Adrián DRUT



## En la madrugada

En la madrugada del 3 de diciembre de 2008, después de una reunión extenuante y de la discusión con una mujer que gravitó en las últimas décadas de vida, abrí con un cuchillo las hojas selladas de un libro de Soloviev cuya versión original fue publicada en Rusia en 1892. Ahí, frente a mí, el volumen de 141 páginas de Aubier, Editions Montaigne, impreso en París en 1946 (dos años después de que yo naciera en Junín, Pcia. de Bs. As.).

El libro lo encontré de casualidad en la biblioteca de un amigo; lo había comprado después de la muerte de Raúl Sciarreta -el filósofo que me orientó en algunas lecturas de mi juventud- muerto en un hospital público. Durante su agonía, los que lo habían acompañado en la soledad de una vida enigmática, vendían su biblioteca que era legendaria, para solventar los gastos que suponían los medicamentos.

Nada de eso serviría, porque después de un encierro paranoico en una habitación de su propia casa, fue arrastrado al hospital con un mutismo que la muerte convirtió en absoluto.

El libro de Soloviev se titula *Le sens de l'amour* y estuvo sin ser abierto durante 62 años. Ahora, en la madrugada, leo



"El muñeco de Vicente I" - ELEFANTE

## Bonaerense

Acá estoy -de nuevo-, volví. Estoy volviendo, en realidad, todavía no del todo. Volver lleva tiempo, a mí me llevó 18 años, y no sé si volver es la palabra que debería usar. El pasado ya no está, el futuro es una fantasía, apenas un conjunto de especulaciones y deseos. Uno no vuelve, el río sigue corriendo y no hay modo de recuperar lo que ya no existe. Quiero decir: hace 18 años no existía el Ponchi, Majita tenía sólo 5 añitos, y yo usaba el pelo largo, la barba larga y un morral verde completamente fuera de época. Un morral cargado de libros, que pesaba mucho. A papá no le gustaba mi aspecto. Siempre decía que yo parecía un pordiosero, que con esa barba daba la impresión de estar siempre sucio. Él, en cambio, recortaba su desproporcionado bigote todas las semanas, se emparejaba las patillas y tenía un corte de pelo bien anacrónico, pero que según su criterio era prolijo: la raya al costado. Me recomendaba que yo también me peinara así. No había puntos de contacto entre él y yo. O sí, había uno, el único: el rojo. Veníamos de ganar el campeonato 88/89, y no podíamos imaginar que se nos iba a caer encima una década espantosa: el retiro del Bocha, mirar los partidos de la Libertadores por televisión, la sequía después de tantos años de gloria.

Ahora que camino nuevamente por las calles bonaerenses no puedo entender cómo pasé tanto tiempo viviendo en departamentos de 40 metros cuadrados. Ahora que miro los árboles de mi nueva casa, ahora que me siento en el pasto, descalzo, a esperar que se doren la carne y las verduras en la parrilla. La carne es para mí, las verduras para Majita, que es vegetariana.

Escribir es buscar en el tumulto de los quemados el hueso del brazo que corresponda al hueso de la pierna, escribió Pizarnik. Pienso en eso, "el tumulto de los quemados" y me cuesta encontrar algo tan preciso, tan ambiguo, tan impersonal y, al mismo tiempo, tan comprometido, tan personal. No tiene sentido que trate de anotar algo, con repetir a Pizarnik alcanza: buscar en el tumulto el brazo que corresponda a la pierna. Escribir para volver a ser, para ser, para fundarse. Para volver. Y sin embargo, qué. No hay forma de reconstruir el cuerpo. No hay forma de volver. El hueso del brazo no es el hueso de la pierna.

algunas líneas mientras separo sus páginas, después de 116 años de su edición original. Nada de esto ocurriría sin Alexandre Kojève, de quien me ocupo hace un tiempo, que dedicó su tesis al estudio de este místico ya importante en su temprana juventud en la Rusia que abandonó en 1920. Según Soloviev, entre los peces superiores, hay embriones fecundados por los machos fuera del cuerpo de las hembras. La combinación, conjunción, que puede reproducir una especie orientada hacia el exterior, también conduce el absoluto cuando se la orienta hacia el interior. Algo así.

Raúl Sciarreta era soltero, dedicó su vida a la lectura y a la enseñanza. También traducía y tuvo algún cargo en el Partido Comunista.

Fue secretario de Ramón Carrillo, un ministro de Perón, destacado sanitarista un poco fanático de la eugenesia.

Quizás locuras de juventud, porque la vida es una cosa rara y sus combinaciones y conexiones mucho más extrañas todavía que la de algunos peces superiores.

Germán GARCÍA

Ariel BERMANI

Año III - Agosto 2008 - Número 25  
Muestra gratis

web: [www.odradek.com.ar](http://www.odradek.com.ar)  
blog: [www.odradek-odradek.blogspot.com](http://www.odradek-odradek.blogspot.com)  
correo: [domiciliodesconocido@odradek.com.ar](mailto:domiciliodesconocido@odradek.com.ar)

- Bueno, ¿cómo te llamas?  
- Odradek- dice él.  
- ¿Y dónde vives?  
- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

## Cuentos seniles

(Historias eran las de antes)

Clotilde perdió su trabajo en la caja del salón de peluquería para caballeros cuando los caprichos de la moda decidieron que los hombres se dejaran de cortar el cabello. Hombres jóvenes y no tanto se paseaban con los pelos recogidos en colas de caballo, que sumados al nuevo y uniforme sentido del gusto (del mal gusto) en el vestir, hacía reinar la confusión entre géneros -masculino y femenino-, decía que por el pelo largo y la ropa se confundían a los hombres con las mujeres.

Venía a cuento de la historia de Clotilde, la que trabajaba en la caja de la peluquería, que desde el liceo podía dividir números de seis cifras con decimales en pocos segundos. Digo que era muy buena para las matemáticas.

En la peluquería pusieron unas computadoras que valían un dineral, que los muchachos que trabajan allí tocaban la pantalla con un dedo y la máquina solita informaba cuánto era lo que el cliente tenía que pagar.

Una mañana. O tal vez fuera una tarde, que Clotilde, la que trabajaba en la peluquería, pero para esa época ya la habían despedido, o solamente le dijeron que no fuera más, porque la tenían en negro, porque como ella cobraba pensión sabían que no podía reclamar nada.



Justamente Clotilde, volvía de cobrar la pensión, entonces, sí, no podía ser más de las 3 de la tarde, de ese día que algo pasó con el sistema, no con el sistema del banco que pagaba la pensión, algo pasó con el sistema ese carísimo de las pantallas de la peluquería, o puede ser que se haya cortado la luz. El asunto es que Clotilde pasó por ahí y miró para adentro de la vidriera, quizás para saludar, o acaso tan sólo por coqueta, para acomodarse la peluca en el reflejo del vidrio, la cuestión es que los muchachos la llamaron.

Pasaba que de tanto acostumbrarse a usar la máquina computadora, ahora que no la podían usar, no se acordaban cómo hacer una simple operación de adición, y ni hablar de sacar el porcentual para cobrar el impuesto al valor agregado.

Clotilde, por supuesto, los salvó en la emergencia y volvió a su casa contenta, con la satisfacción de saber que la inteligencia natural del hombre, jamás será superada por la artificial.

En la peluquería en cuanto volvió a funcionar la máquina cotejaron las cuentas de Clotilde con los resultados de la computadora. Eso sí, no puedo acordarme si hubo diferencias o si no.

Roberto GÁRRIZ

## Socorro

Joaquín cruzaba la plaza caminando sobre las hojas secas, distraído fija su mirada en un pequeño papel blanco y ve la palabra "socorro" escrita con trazos desparejos. Sus pensamientos saltan de un lugar a otro sin tener descanso, finalmente desbordado por ese aluvión, decide serenarse. A modo de masaje consolador pensó que podía tratarse de una humorada o simplemente del juego infinito del puro azar. Más tranquilo eludió por ridícula la idea inicial de ir hacer la denuncia a la comisaría.

Al día siguiente leyó en el periódico: "La mujer fue asesinada gritando socorro". La crónica ponía énfasis en la declaración de un

testigo de identidad reservada que dijo haber oído el desesperado llamado de auxilio de la occisa, que repetía en forma de ruego la palabra "Socorro".

A poco y, ya sin control Joaquín comenzó a vociferar socorro una y otra vez.. De pronto, violentamente la policía derribó la puerta de su casa. Al parecer el llamado de su vecina al 911 haba sido respondido con presteza inusual.

Eugenia LIMANSKI